

WILKIE COLLINS

CUENTOS DE TERROR Y MISTERIO

CUENTOS DE TERROR Y MISTERIO



Wilkie Collins



MUNICIPALIDAD DE
LIMA

WILKIE COLLINS

CUENTOS DE TERROR
Y MISTERIO



MUNICIPALIDAD DE
LIMA

Wilkie Collins

William Wilkie Collins nació el 8 de enero de 1824 en Londres, Inglaterra. Fue novelista, dramaturgo y autor de relatos cortos. Asimismo, se le considera creador de las novelas de detectives.

Estudió Derecho en la Universidad Lincoln y compaginó su labor de abogado con la de escritor. En 1851 conoció a Charles Dickens, con quien estableció una gran amistad y colaboró en la creación de *Calle sin salida* (1867). Fue autor y coautor de 26 novelas, de al menos 50 relatos cortos, y de 14 piezas de teatro. Entre sus obras destacan *La dama de blanco* (1860) y *La piedra lunar* (1868); ambas novelas son consideradas obras maestras en el género de misterio y de detectives, respectivamente.

Falleció el 23 de setiembre de 1889 en Londres.

Cuentos de terror y misterio

Wilkie Collins

Juan Pablo de la Guerra de Urioste
Gerente de Educación y Deportes

Christopher Zeceovich Arriaga
Subgerente de Educación

Doris Renata Teodori de la Puente
Asesora de Educación

María Celeste del Rocío Asurza Matos
Jefa del programa Lima Lee

Editor del programa Lima Lee: José Miguel Juárez Zevallos
Selección de textos: María Inés Gómez Ramos
Corrección de estilo: Margarita Erení Quintanilla Rodríguez
Diagramación: Ambar Lizbeth Sánchez García
Concepto de portada: Melissa Pérez García

Editado por la Municipalidad de Lima

Jirón de la Unión 300, Lima

www.munlima.gob.pe

Lima, 2020

Presentación

La Municipalidad de Lima, a través del programa Lima Lee, apunta a generar múltiples puentes para que el ciudadano acceda al libro y establezca, a partir de ello, una fructífera relación con el conocimiento, con la creatividad, con los valores y con el saber en general, que lo haga aún más sensible al rol que tiene con su entorno y con la sociedad.

La democratización del libro y lectura son temas primordiales de esta gestión municipal; con ello buscamos, en principio, confrontar las conocidas brechas que separan al potencial lector de la biblioteca física o virtual. Los tiempos actuales nos plantean nuevos retos, que estamos enfrentando hoy mismo como país, pero también oportunidades para lograr ese acercamiento anhelado con el libro que nos lleve a desterrar los bajísimos niveles de lectura que tiene nuestro país.

La pandemia del denominado COVID-19 nos plantea una reformulación de nuestros hábitos, pero, también, una revaloración de la vida misma como espacio de

interacción social y desarrollo personal; y la cultura de la mano con el libro y la lectura deben estar en esa agenda que tenemos todos en el futuro más cercano.

En ese sentido, en la línea editorial del programa, se elaboró la colección Lima Lee, títulos con contenido amigable y cálido que permiten el encuentro con el conocimiento. Estos libros reúnen la literatura de autores peruanos y escritores universales.

El programa Lima Lee de la Municipalidad de Lima tiene el agrado de entregar estas publicaciones a los vecinos de la ciudad con la finalidad de fomentar ese maravilloso y gratificante encuentro con el libro y la buena lectura que nos hemos propuesto impulsar firmemente en el marco del Bicentenario de la Independencia del Perú.

Jorge Muñoz Wells
Alcalde de Lima

*UNA CAMA TERRIBLEMENTE
EXTRAÑA*

Poco después de haber concluido mis estudios universitarios, me encontré en París con un amigo inglés. Ambos éramos entonces hombres jóvenes, y me temo que llevábamos una vida más bien disipada en aquella deliciosa ciudad que habíamos escogido como exilio. Lo que te voy a contar sucedió una noche que paseábamos perezosamente por los alrededores del vecindario del Palais Royal, decidiendo a qué entretenimiento deberíamos dedicar las siguientes horas. Mi amigo propuso visitar el Frascati, pero su sugerencia no resultó de mi agrado. Yo ya me conocía aquel local prácticamente de memoria y había perdido y ganado en sus salas abundantes piezas de cinco francos con el único objetivo de entretenerme. Hasta que la diversión se tornó aburrimiento y hastío, principalmente debido a que Frascati es una de esas espantosas anomalías que, a mi juicio, representan las casas de juego respetables.

—Por el amor del cielo —le dije a mi amigo—, vayamos a algún lugar en el que podamos ver algo genuino y barriobajero; un juego en el que el factor dominante sea la pobreza, y no esos falsos oropeles. Alejémonos del tan elegante Frascati y acudamos a una casa en la que se le permita la entrada a un hombre con el abrigo ajado, e incluso a un hombre sin abrigo, ajado o no.

—Muy bien —dijo mi amigo—, no hará falta que nos alejemos del Palais Royal para encontrar la clase de compañía que buscas. Aquí mismo existe un lugar tan desvergonzado en todos los aspectos como el que deseas ver.

En un par de minutos llegamos a una puerta y penetramos en la casa cuya parte trasera has dibujado en tu cuaderno de apuntes.

Cuando hubimos ascendido las escaleras y dejado nuestros sombreros y bastones a cargo del portero, fuimos admitidos en la habitación principal: el salón de juego. No encontramos a mucha gente reunida allí. Pero, por pocos que fueran los hombres que contemplaron nuestra entrada, todos eran representantes (lamentablemente, auténticos representantes) de sus respectivas calañas.

Habíamos acudido para ver a gente barriobajera, pero aquellos hombres eran algo mucho peor. Siempre suele haber un aspecto cómico, más o menos apreciable, en todo lo barriobajero; pero allí no se respiraba nada más que tragedia, tragedia muda y extraña. El silencio en la habitación era horrible. El joven delgado, ojeroso y de cabellos largos, cuyos ojos hundidos contemplaban

fieramente el reparto de las cartas, no hablaba; tampoco hablaba el jugador fofo de la cara hinchada y recubierta de granos, que garabateaba incansablemente en su pedazo de cartón para registrar la frecuencia con la que ganaba el rojo y la frecuencia con la que ganaba el negro; ni el viejo arrugado y sucio, con los ojos de buitre y el gabán zurcido, que había perdido hasta su último *sou* y aún seguía observando desesperadamente el juego aunque ya no pudiera participar en él. Incluso la voz del *croupier* sonaba como si estuviera extrañamente amortiguada y apagada en la atmósfera de la habitación. Había entrado en el lugar para reírme, pero el espectáculo que se presentó ante mí era más bien para llorar. Pronto necesité refugiarme de la depresión que empezaba a dominarme centrando mi atención en algo excitante. Para mi desgracia, no se me ocurrió otra cosa que buscar la excitación en la mesa más cercana y empezar a jugar. Más desgraciadamente aún, tal y como demostrarán los hechos, gané. Gané de un modo prodigioso; gané increíblemente; gané de tal modo que los jugadores habituales de la mesa se arremolinaron a mi alrededor y, observando mis ganancias con ojos ávidos y supersticiosos, empezaron a susurrarse los unos a los otros que aquel inglés iba a saltar la banca.

El juego era *Rouge et Noir*. Lo había jugado en todas y cada una de las ciudades de Europa, sin tomarme ni desear la molestia de estudiar la Teoría del Azar. ¡La piedra filosofal de todos los jugadores! Además, yo nunca había sido un jugador en el estricto sentido de la palabra. Estaba a salvo de la corrosiva pasión del juego. Mi participación era un mero y perezoso divertimento. Nunca me había acercado al juego por necesidad, porque nunca había sabido lo que era necesitar dinero. Nunca lo practicaba de un modo tan continuado como para perder más de lo que pudiera permitirme, ni ganar más de lo que pudiera embolsarme sin romper el balance de mi buena suerte. Resumiendo, hasta entonces había frecuentado las mesas de juego con el mismo espíritu que frecuentaba salones de baile y teatros de la ópera: porque sencillamente me entretenía, y porque no tenía nada mejor para emplear mis horas desocupadas.

Pero en aquella ocasión la situación era muy diferente. Por primera vez en mi vida sentí realmente lo que es la auténtica pasión por el juego. Al principio mi éxito me dejó completamente desconcertado, para embriagarme después en el sentido más literal de la palabra. Por muy increíble que pueda parecer, resulta completamente

cierto que solo perdía cada vez que intentaba calibrar las posibilidades y jugaba de acuerdo a cálculos previos. Si lo dejaba todo al azar, y apostaba sin cuidado ni consideración, ganaba sin remisión; ganaba pese a que todas las probabilidades estuvieran a favor de la banca. Al principio, algunos de los hombres presentes arriesgaron su dinero jugando a mi mismo color, pero rápidamente incrementé mis apuestas hasta alcanzar sumas que no se atrevían a arriesgar. Uno tras otro fueron abandonando el juego y se dedicaron a observar el mío conteniendo el aliento.

Aun así, una vez tras otra, seguí aumentando mis apuestas, más y más, y seguí ganando. La excitación en el interior de la habitación alcanzó un nivel febril. Cada vez que el dinero era empujado hacia mi lado de la mesa, el silencio quedaba interrumpido por un coro gutural de exclamaciones y juramentos musitados en diferentes idiomas. Incluso el imperturbable *croupier* acabó por arrojar su rastrillo al suelo debido a una furiosa expresión (francesa) de incredulidad ante mi éxito. Tan solo un hombre mantuvo el control de sí mismo, y ese fue mi amigo inglés. Se acercó a mi lado y, susurrando en nuestro idioma, me rogó que abandonara el lugar, satisfecho con

lo que ya había ganado. Debo hacerle justicia diciendo que repitió sus avisos y sus ruegos varias veces, y que solo me dejó allí para marcharse después de que hubiera rechazado su consejo mediante unos términos que le hicieron imposible volver a dirigirse a mí aquella noche (estaba, a todos los efectos, completamente borracho por el juego).

Poco después de que mi amigo se hubiera marchado, una voz ronca gritó detrás de mí:

—Permítame, querido señor; permítame que ponga en su lugar estos dos napoleones que se le han caído. ¡Qué suerte tan maravillosa la suya, señor! ¡Le doy mi palabra de honor de viejo soldado de que en todo el curso de mi larga experiencia en este tipo de asuntos jamás había visto una suerte como la suya! ¡Nunca! ¡Siga, señor! *Sacré mille bombes!* ¡Siga así y salte la banca!

Me giré y vi a un hombre alto, cubierto con un sobretodo trenzado, que asentía y sonreía con empedernida sociabilidad.

De haber sido yo mismo, le habría considerado un espécimen más que sospechoso de viejo soldado.

Tenía unos ojos danzantes e inyectados en sangre, un mostacho sarnoso y la nariz rota. Su voz traicionaba una entonación propia de barracón del peor orden, y tenía el par de manos más sucias que jamás haya visto... incluso estando en Francia. Estas peculiaridades personales, sin embargo, no me repelieron en lo más mínimo. Dominado por aquella demente excitación, por aquel temerario y momentáneo triunfo, estaba predispuesto a «fraternizar» con cualquiera que me animara en el juego. Acepté un pellizco del rapé que me ofrecía el viejo soldado, le palmeé la espalda y juré que era el tipo más honesto del mundo, el más glorioso vestigio del gran ejército que yo hubiera tenido el gusto de encontrarme nunca.

—¡Adelante! —gritó mi marcial amigo, chasqueando extasiado los dedos—. ¡Adelante, gane! ¡Salte la banca, *mille tonnerres!* ¡Salte la banca, galante camarada inglés!

Y seguí jugando. Seguí de tal manera que un cuarto de hora más tarde el *croupier* anunció:

—¡Caballeros! La banca ha cerrado por esta noche.

Todos los billetes y todo el oro de la «banca» yacían ahora amontonados bajo mis manos. ¡Todo el capital

flotante de la casa de juego estaba esperando a verse metido en mis bolsillos!

—Envuelva bien el dinero en su pañuelo, mi digno señor —dijo el viejo soldado, mientras yo cubría con las manos mi montaña de oro—. Envuélvalo como nosotros envolvíamos las migajas que comíamos en el gran ejército; sus ganancias son demasiado pesadas para cualquier bolsillo de pantalón que jamás se haya cosido. ¡Así! ¡Así está bien! ¡Métalo todo, los billetes también! *Credié!* ¡Vaya suerte! ¡Espere! ¡Se le ha caído otro napoleón al suelo! ¡Ah! *Sacré petit polisson de napoléon!* ¿Te he encontrado por fin? Y ahora, señor, dos nudos dobles bien fuertes a cada lado; con su honorable permiso, el dinero está a buen recaudo. ¡Tóquelo! ¡Tóquelo, afortunado caballero! Duro y redondo como una bala de cañón. Ah, ¡bah! Si se hubieran disparado balas como esta en Austerlitz. *Nom d'une pipe!* ¡Si tan solo lo hubieran hecho! Y ahora, como antiguo granadero, y como exbravo del Ejército francés, ¿qué me queda por hacer? ¿Qué me queda, digo? Simplemente esto: convidar a mi valioso amigo inglés a beber una botella de champán conmigo, ¡y brindar por la diosa fortuna con copas espumeantes antes de separarnos!

—¡Excelente, exbravo! ¡Jovial y antiguo granadero! ¡Champán, por supuesto! ¡Un brindis inglés para un viejo soldado! ¡Hurra! ¡Hurra! ¡Otro brindis inglés por la diosa Fortuna! ¡Hurra! ¡Hurra! ¡Hurra!

—¡Bravo por el inglés, el amistoso y amable inglés por cuyas venas corre ahora la vivaz sangre de Francia! ¿Otra copa? Ah, ¡bah! ¡Esta botella está vacía! ¡No importa! *Vive le vin!* ¡Yo, el viejo soldado, voy a encargarme de otra botella y un cuarto de *bon-bons* para acompañarla!

—No, no, exbravo. ¡Nunca, anciano granadero! La anterior fue su botella, deje que esta sea la mía. ¡Vea! ¡Brindemos! ¡Por el Ejército francés! ¡Por el gran Napoleón! ¡Por todos los presentes! ¡Por el *croupier*! ¡Por la mujer y las hijas del honesto *croupier*; si es que las tiene! ¡Por las damas en general! ¡Por todo el mundo!

Para cuando la segunda botella de champán estuvo vacía, me sentía como si hubiera estado bebiendo fuego líquido. Mi cerebro parecía haber estallado en llamas. Ningún exceso de vino me había producido semejante efecto en toda mi vida. ¿Era aquel el resultado de haber ingerido un estimulante en un momento en el que mi mente se hallaba ya de por sí en un estado altamente

eufórico? ¿Estaba mi estómago en malas condiciones? ¿O es que el champán era asombrosamente fuerte?

—¡Exbravo del Ejército francés! —grité, dominado por un demente estado de alegría—. ¡Estoy que ardo! ¿Cómo se encuentra usted? ¡Ha conseguido usted encenderme! ¿Me oye, mi héroe de Austerlitz? ¡Tomemos una tercera botella de champán para apagar este fuego!

El viejo soldado meneó la cabeza, hizo rodar sus ojos saltones hasta que me pareció que estaban a punto de salirse de las cuencas, colocó su sucio dedo índice junto a la nariz rota, anunció solemnemente «¡café!», y desapareció rápidamente a través de la puerta de otra habitación.

La palabra pronunciada por el excéntrico veterano pareció tener un efecto mágico sobre el resto de los presentes. A un solo movimiento, todos se levantaron de sus sitios para marcharse. Probablemente habían esperado beneficiarse de mi intoxicación, pero al descubrir que mi nuevo amigo estaba decidido a prevenir benevolentemente la posibilidad de que terminara completamente borracho, acababan de abandonar toda esperanza de prosperar plácidamente con mis ganancias.

Cualquiera que fuese el motivo, lo cierto es que se marcharon como si fuesen un solo hombre. Cuando el viejo soldado regresó, y se sentó frente a mí en la mesa, teníamos la habitación para nosotros solos. Podía ver al *croupier*, en una especie de vestíbulo adjunto a la misma, cenando solo. El silencio era entonces más espeso que nunca.

Un cambio repentino parecía haber afectado también al «exbravo». Asumió una apariencia portentosamente solemne y, cuando volvió a hablarme, sus palabras dejaron de llegar acompañadas de juramentos, reforzadas mediante chasquidos de los dedos, o avivadas por apóstrofes y exclamaciones.

—Escuche, querido señor —dijo en un tono misteriosamente confidencial—, escuche el consejo de un viejo soldado. He ido a ver a la señora de la casa (¡una mujer encantadora y un genio en la cocina!) para convencerla de la necesidad de prepararnos un café particularmente fuerte y cargado. Debe bebérselo para librarse de esta ligera y amistosa exaltación antes de pensar en regresar a casa. ¡Debe hacerlo, mi buen y amable amigo! Con todo el dinero que ha de llevar hasta casa esta noche, hallarse

en plena posesión de sus facultades resulta un deber sagrado para con usted mismo. Es bien sabido por varios de los caballeros aquí presentes esta noche que ha ganado usted una enorme cantidad de dinero. Unos caballeros que, desde cierto punto de vista, podríamos calificar como de unos muchachos excelentes y respetables, ¡pero no son sino hombres mortales, querido señor, y tienen, por tanto, debilidades! ¿Necesito decirle más? ¡Ah, no, no! ¡Usted ya me entiende! Ahora, esto es lo que debe hacer. Cuando se encuentre mejor, solicite un cabriolé, corra todas las cortinas en cuanto haya entrado y dígame al conductor que le lleve a casa siguiendo únicamente las avenidas amplias y bien iluminadas. Hágalo, y mañana por la mañana podrá darle las gracias a un viejo soldado por haberle aconsejado honestamente.

Justo en el momento en que el exbravo terminó su oración en unos tonos decididamente lacrimosos, nos trajeron el café, ya vertido en dos tazas. Mi atento amigo me alcanzó una de ellas acompañada de una reverencia. Estaba muerto de sed y me la bebí de un trago. Casi de inmediato, me vi dominado por una fortísima sensación de mareo y me sentí mucho más intoxicado que antes. La habitación daba vueltas a mi alrededor una y otra vez,

con furia; el viejo soldado parecía moverse regularmente de arriba abajo como si fuera el pistón de un motor de vapor. Me había quedado medio sordo debido a un constante y violento pitido en mis oídos; me sobrevino un sentimiento de completa perplejidad, indefensión e idiotez. Me levanté de la silla agarrándome a la mesa para mantener el equilibrio y tartamudeé que me sentía horrorosamente mal; tan mal que no sabía cómo iba a poder llegar a casa.

—Querido amigo —respondió el viejo soldado, e incluso su voz pareció balancearse de arriba abajo mientras hablaba—. Querido amigo, en su estado sería una locura intentar llegar a casa; puede estar seguro de que perdería su dinero. Podría ser robado e incluso asesinado con gran facilidad. Yo voy a dormir aquí. Duerma aquí usted también. En esta casa tienen unas camas mayúsculas. Alquile una, duerma los efectos del vino, y regrese a casa a plena luz del día, sano y salvo con sus ganancias.

Solo era consciente de dos ideas: una, que no debía dejar ni por un solo instante mi pañuelo repleto de dinero; la otra, que debía tumbarme de inmediato

en algún sitio y disfrutar de un buen sueño. De modo que acepté la propuesta de la cama, y tomé el brazo que me ofrecía el viejo soldado, agarrando mi dinero con la mano desocupada. Conducidos por el *croupier*, recorrimos algunos pasillos y unas escaleras hasta llegar al dormitorio que iba a ocupar yo. El exbravo me estrechó cálidamente la mano, me propuso que desayunáramos juntos y después, seguido por el *croupier*, me dejó para que pasara la noche.

Me dirigí corriendo al lavabo. Bebí algo del agua que había en la jarra, derramé el resto en la pila y metí la cabeza dentro. Después me senté en una silla e intenté recuperar la compostura. Pronto me sentí mejor. El cambio experimentado por mis pulmones al abandonar la fétida atmósfera del salón de juego para disfrutar del aire fresco del apartamento que ahora ocupaba; el casi igualmente refrescante cambio para mis ojos, de las brillantes luces de gas del «Salón» a la ligera y discreta llama de la única vela que había en la habitación, complementaron de maravilla los efectos restauradores del agua. El mareo me abandonó y empecé a sentirme de nuevo un ser razonable. Mi primer pensamiento se dirigió al riesgo que suponía dormir toda la noche en una

casa de juegos; el segundo, hacia el riesgo aún mayor que representaba intentar salir ahora que el establecimiento había cerrado y regresar a casa solo y de noche, a través de las calles de París, con una gran suma en el bolsillo. Había dormido en peores lugares que aquel durante mis viajes, de modo que me decidí a echar bien el cerrojo, atrancar la puerta y seguir tentando al azar hasta que llegara la mañana.

De igual modo, me aseguré de no haber sufrido ninguna intrusión; miré debajo de la cama y en el interior del armario; me cercioré de que la ventana estuviera bien cerrada y, entonces, satisfecho por haber tomado todas las precauciones posibles, me quité las ropas superiores, deposité la vela en la chimenea entre un pequeño montón de rescoldos apagados, y me metí en la cama guardando el pañuelo repleto de dinero debajo de la almohada.

Pronto descubrí que no solo no podía dormir, sino que ni siquiera podía cerrar los ojos. Estaba completamente despierto, y sufría una fiebre alta. Todos los nervios de mi cuerpo temblaban, todos mis sentidos parecían haberse agudizado sobrenaturalmente. Di vueltas y más vueltas, probé toda clase de posturas y busqué con perseverancia

los rincones más fríos de la cama, sin obtener ningún resultado. Dejé los brazos por encima de la colcha, los escondí debajo de las mantas; estiré violentamente las piernas todo lo que dieron de sí, después las recogí compulsivamente hasta acercarlas lo máximo posible a la barbilla; agité la almohada, le di la vuelta para disfrutar del lado más frío, la palmeé hasta dejarla completamente plana y yací de espaldas; después la doblé en dos, la apoyé contra el cabecero de la cama e intenté quedarme sentado. Todo esfuerzo fue en vano; farfullé para mí mismo, sintiéndome vejado al darme cuenta de que me esperaba una noche en vela.

¿Qué podía hacer? No tenía ningún libro para leer. Y, sin embargo, a menos que encontrara algún método para distraerme, estaba seguro de que me hallaba en la condición idónea para imaginar todo tipo de horrores, para atosigar mi cerebro con presentimientos de todos los peligros posibles e imposibles; en definitiva, para pasar la noche sufriendo todas las variedades posibles de terror nervioso.

Me apoyé en el codo y contemplé la habitación, que aparecía bien iluminada por una preciosa luz de luna

que se derramaba a través de la ventana, para ver si había cuadros o adornos que pudiera distinguir claramente. Mientras mis ojos vagaban de pared a pared, recordé el delicioso librito de Le Maistre, *Voyage autour de ma Chambre*. Decidí imitar al autor francés y entretenerme para aliviar el tedio de mi insomnio haciendo un inventario mental de todos los elementos del mobiliario que pudiera ver, siguiendo hasta sus fuentes la multitud de asociaciones que incluso una silla, una mesa o un lavabo pudiera convocar.

Dado el estado nervioso y alterado de mi mente en aquel momento, descubrí que me resultaba mucho más fácil hacer el inventario que entregarme a reflexiones, de modo que pronto me rendí ante la imposibilidad de seguir el imaginativo truco de Le Maistre, o, mejor dicho, ante la imposibilidad de pensar en absoluto. Observé los diferentes muebles que había en la habitación y poco más.

Primero estaba la cama sobre la que estaba tumbado, nada menos que una cama de cuatro postes. ¡De todas las cosas con las que me podría haber topado en París! Sí, una cama inglesa de cuatro postes, bastante vulgar, con su habitual dosel forrado de chintz, su

habitual cenefa alrededor, y las habituales cortinas sofocantes y malsanas que recordaba haber descorrido mecánicamente hasta dejarlas pegadas a los postes nada más entrar en la habitación, pese a que no me había fijado particularmente en la cama. Después estaba el lavabo de mármol, desde cuya superficie seguía goteando lenta y más lentamente, hasta llegar al suelo de ladrillo, el agua que había derramado en mi prisa por llenar la pila. Después, dos pequeñas sillas, con mi abrigo, mi chaleco y mis pantalones doblados sobre ellas. Después, una enorme silla de brazos recubierta por un polvo blanco y sucio, sobre cuyo respaldo reposaban el pañuelo y el collar de mi camisa. Después, una cajonera con dos de los agarradores de metal caídos y una vulgar estampa de porcelana rota a modo de adorno fijada en la parte superior. Después, un tocador adornado con un espejo muy pequeño y un acerico enorme. Después, la ventana; una ventana inusualmente grande. Después, un retrato viejo y oscuro que la débil luz de la vela me mostró apagadamente. Era el retrato de un hombre tocado con un gran sombrero español coronado con un puñado de plumas. Un rufián siniestro y moreno que dirigía la mirada hacia arriba, cubriendo sus ojos con una mano y contemplando algo intensamente, quizá la horca en la

que le iban a colgar. En cualquier caso, tenía la apariencia de habérsela ganado a pulso.

Aquel cuadro pareció obligarme a dirigir también la mirada hacia arriba... hacia la parte superior de la cama. Era un objeto deprimente y nada interesante, de modo que volví a concentrarme en el retrato. Conté las plumas del sombrero del hombre, ya que aparecían destacadas: tres blancas, dos verdes. Observé la parte superior de su sombrero, que era de forma cónica, siguiendo la moda supuestamente impuesta por Guido Fawkes. Me pregunté qué estaría mirando. No podrían ser las estrellas. Semejante bandido no era ni un astrólogo ni un astrónomo. Debía de ser, sin duda, la horca; y además estaba a punto de ser colgado. ¿Se quedaría el verdugo con su sombrero cónico y con sus plumas? Las conté otra vez. Tres blancas, dos verdes.

Aunque aún persistí en aquella ocupación intelectual y cultivada, mis pensamientos empezaron a vagar inconscientemente. El brillo de la luz de la luna que entraba en la habitación me recordó cierta noche de luna llena en Inglaterra. La noche después de un picnic en un valle galés. Todas y cada una de las incidencias del viaje

de vuelta, atravesando un bellissimo paisaje que la luz de la luna hacía más bello aún, regresaron a mi memoria, pese a que no había pensado en aquel picnic desde hacía años, y aunque en el caso de que hubiera intentado recordarlo, con toda probabilidad habría sido incapaz de rememorar aquella escena largo tiempo superada. De todas las maravillosas facultades que nos ayudan a revelarnos que somos inmortales, ¿cuál define tan sublime verdad mejor que la memoria? Allí estaba yo, en una casa extraña y del cariz más sospechoso, en una situación de inseguridad e incluso de peligro que había convertido el agradable ejercicio de rememoración en algo casi fuera de lugar, recordando sin trabas, aunque de un modo involuntario, lugares, gentes, conversaciones, minucias de todo tipo, que había supuesto olvidadas para siempre, y que no podría haber convocado por mi propia voluntad ni bajo las circunstancias más favorables. ¿Y cuál había sido la momentánea causa de aquel misterioso efecto? Ninguna, salvo unos rayos de luz lunar atravesando la ventana de mi dormitorio.

Seguí pensando en el picnic; en la alegría del viaje de regreso a casa, en la sentimental damita que citaba a Childe Harold porque había luz de luna... Me encontraba

absorto en aquellas escenas pasadas y aquellos pasados entretenimientos cuando, de repente, el hilo del que colgaban mis recuerdos se partió abruptamente. Mi atención regresó de inmediato al presente con más viveza que antes, y me encontré de nuevo, sin saber cómo ni por qué, contemplando el retrato una vez más.

¿Contemplando qué?

¡Dios del cielo, el hombre se había calzado el sombrero hasta las cejas! ¡No, ya ni siquiera tenía sombrero! ¿Dónde estaba aquel efecto cónico? ¿Y dónde las plumas, tres blancas, dos verdes? ¡Allí no, desde luego! En lugar del sombrero y las plumas, ¿qué era ese oscuro objeto que ahora ocultaba su frente, sus ojos, la mano con la que se cubría?

¿Acaso se estaba moviendo la cama?

Me tumbé sobre la espalda y miré hacia arriba. ¿Estaba loco? ¿Borracho? ¿Soñando? ¿Mareado de nuevo? ¿O es que en verdad se estaba moviendo el dosel de la cama? ¿Acaso era cierto que estaba descendiendo lenta, regular, silenciosa y horriblemente, tan largo y ancho como era; hundiéndose sobre mí, que yacía debajo?

La sangre pareció helárseme en las venas. Un frío paralizante y mortal se apoderó de mí, mientras apoyaba la cabeza sobre la almohada y me decidía a comprobar si el dosel de la cama se estaba moviendo o no, mediante el recurso de mantener la vista fija en el hombre del retrato.

Un solo vistazo me bastó. Al contorno negro, apagado e irregular del dosel apenas le faltaban un par de centímetros para estar en paralelo con la cintura del hombre. Seguí mirando sin aliento. Y de forma regular; lenta, muy lentamente, vi su figura y la línea del marco por debajo de la figura desaparecer a medida que el dosel seguía descendiendo.

Soy, por constitución, cualquier cosa menos cobarde. Me he encontrado en más de una ocasión en peligro de muerte, y nunca he perdido mi autocontrol ni por un instante. Pero cuando la convicción de que el dosel de la cama realmente se estaba moviendo se apoderó de mi mente, cuando me percaté a ciencia cierta de que estaba descendiendo continua y regularmente hacia mí, no pude hacer otra cosa que contemplar temblando, indefenso, dominado por el pánico, cómo aquella horrenda maquinaria asesina se acercaba más y más para ahogarme allí donde yacía.

Seguí mirando hacia arriba; sin habla, sin aliento. La vela, completamente gastada, se apagó; pero la luz de la luna siguió iluminando la habitación. El dosel de la cama seguía descendiendo, abajo y más abajo, sin pausas y sin ruidos; y mi terror y mi pánico seguían aferrándome con más y más fuerza al colchón en el que estaba tumbado. Abajo y más abajo, hasta que el polvoriento olor del dosel se apoderó de mi nariz.

En aquel último momento, el instinto de autopreservación me arrancó del trance y por fin pude moverme. Me quedaba el espacio justo para salir rodando de la cama. Cuando caí sin hacer ruido al suelo, el extremo del dosel asesino me tocó en el hombro.

Sin detenerme a recuperar el aliento, sin limpiar el sudor frío que cubría mi rostro, me puse de inmediato de rodillas para observar el dosel de la cama. Estaba literalmente hechizado por él. Si hubiera oído pisadas detrás de mí, no me hubiera podido volver; si se me hubiese proporcionado milagrosamente un medio de escape no podría haberlo aprovechado. En aquel momento, toda mi fuerza vital se había concentrado en mis ojos.

Siguió descendiendo; el dosel, y los flecos que lo rodeaban. Bajó más, y más, y más aún, hasta que ya no quedó espacio ni para poder introducir un dedo entre la cama y su cubierta. Toqué los lados y descubrí que lo que desde abajo me había parecido un dosel ordinario y ligero de una cama con cuatro postes era en realidad un colchón ancho y grueso, cuya existencia quedaba escondida por el auténtico dosel y los flecos. Miré hacia arriba y vi los cuatro postes alzándose siniestramente desnudos. Justo en medio de la cubierta de la cama había un enorme torno de madera que, evidentemente, descendía a través de un agujero en el techo, igual que una prensa ordinaria se hace descender sobre las sustancias seleccionadas para ser comprimidas. Aquel temible aparato se movía sin hacer el más mínimo ruido. Ningún crujido se había oído mientras descendía, y ningún sonido llegaba ahora desde la habitación del piso superior. Rodeado de aquel silencio mortal y terrible, contemplé frente a mí, en pleno siglo XIX y en la civilizada capital de Francia, una máquina para asesinar secretamente por ahogo como la que podría haber existido en los peores días de la Inquisición, en las solitarias posadas de las montañas Hartz, o en los misteriosos tribunales de Westfalia. Aun así, seguí contemplándola; no podía moverme, apenas

podía respirar, pero empecé a recobrar la capacidad de pensar, y en un momento descubrí en todo su horror la conspiración homicida que se había tejido contra mí.

En mi taza de café se había vertido una droga, y además una droga decididamente fuerte. Me había salvado de morir ahogado debido a la ingestión de una sobredosis de algún narcótico. ¡Cómo me había irritado y cómo había despotricado contra aquella fiebre que me había salvado la vida al mantenerme despierto! ¡Con qué imprudencia me había confiado a aquellos dos desgraciados que me habían conducido hasta aquella habitación, decididos, por mor de mis ganancias, a asesinarme mientras dormía mediante el artefacto más seguro y más horrible de todos los que les hubieran podido llevar a conseguir secretamente mi destrucción! ¡Cuántos hombres, ganadores como yo, habían dormido, como yo me lo había propuesto, en aquella cama, y nunca habían vuelto a ser vistos ni oídos? Temblaba solo de pensarlo.

Pero antes de que transcurriera mucho rato, todo pensamiento quedó interrumpido ante la visión del dosel asesino volviéndose a poner en marcha. Después

de haber permanecido sobre la cama durante unos diez minutos, según me pareció, empezó a levantarse. Los villanos que la hacían funcionar desde arriba creían evidentemente que su propósito ya se había cumplido. Lenta y silenciosamente, de igual modo que había descendido, aquel horrible dosel volvió a elevarse hasta su lugar acostumbrado. Cuando alcanzó el punto más alto de los cuatro postes, alcanzó también el techo. Ni torno ni agujero eran ya visibles. La cama volvía a ser, aparentemente, una simple cama; y el dosel, un simple dosel incluso ante los ojos más suspicaces.

Entonces, por primera vez, fui capaz de moverme, de levantarme, de vestirme y de empezar a pensar cómo podría escapar. Si revelaba mediante el menor ruido que el intento de ahogarme había fracasado, sería asesinado con toda seguridad. ¿Acaso había hecho algún ruido ya? Escuché con atención mirando hacia la puerta.

¡No! Ninguna pisada en el pasillo; ningún ruido de pies, ligeros o pesados, en la habitación del piso de arriba. Silencio absoluto en todas partes. Además de cerrar y echar el cerrojo de la puerta, había puesto contra ella un viejo baúl de madera que había encontrado debajo de la

cama. Retirar aquel baúl sin hacer ruido (se me heló la sangre al pensar en qué podría contener) se me antojaba del todo imposible; y además, intentar huir a través de la casa, ahora cerrada para la noche, era pura locura. La única oportunidad que me quedaba era la ventana. Me acerqué a ella de puntillas.

Mi dormitorio estaba en el primer piso, sobre un entresuelo, y daba al callejón trasero que has abocetado en tu dibujo. Acerqué mi mano para abrir la ventana, sabiendo que de aquella acción pendía, colgada de un hilo, mi única oportunidad de salvación. Siempre hay vigilancia en una casa dedicada al asesinato. Si alguna parte del marco crujía, si las bisagras chirriaban... ¡estaba perdido! Debí de llevarme unos cinco minutos (cinco horas para mi incertidumbre) abrir aquella ventana. Conseguí hacerlo en silencio, con toda la destreza de un ladrón profesional. Después miré hacia la calle. ¡Saltar desde aquella altura representaba una muerte casi segura! A continuación, miré hacia los extremos de la casa. Por la esquina izquierda bajaba el grueso canalón del agua que has dibujado. Pasaba cerca del extremo más exterior de la ventana. En el momento en que vi aquella tubería, supe que estaba salvado. ¡Volví a respirar libremente por

primera vez desde que había visto el dosel de la cama abalanzándose sobre mí!

Para algunos hombres, el medio de escape que había encontrado podría haber parecido difícil y demasiado peligroso. A mí, la perspectiva de deslizarme por el canalón hasta la calle ni siquiera me sugería la idea de riesgo. Siempre había acostumbrado practicar diversos ejercicios gimnásticos, que me sirvieran para mantener mis facultades de escalador osado y experto, y sabía que mi cabeza, mis manos y pies me servirían fielmente en cualquier ascenso o descenso. Ya había puesto una pierna sobre la cornisa cuando recordé el pañuelo repleto de dinero que reposaba bajo la almohada. Bien me podría haber permitido dejarlo atrás, pero estaba vengativamente decidido a que los villanos de la casa de juegos se vieran privados no solo de su víctima, sino también de su botín. De modo que regresé a la cama, y me até el pesado bulto a la espalda con el pañuelo de la camisa.

Justo cuando lo había atado y fijado cómodamente, me pareció oír un ruido de respiración al otro lado de la puerta. Un helado sentimiento de horror me recorrió

el cuerpo mientras escuchaba. ¡No! El pasillo aún estaba sumido en un silencio total. Solo había sido el aire nocturno entrando suavemente en la habitación. En un momento volvía a estar otra vez sobre la cornisa y me había agarrado al canalón con las manos y las rodillas.

Me deslicé hasta la calle con facilidad y en silencio, como había imaginado que podría hacerlo, e inmediatamente me dirigí a la mayor velocidad posible hacia una *prefecture* de policía que sabía que estaba situada en el vecindario. Resultó que un subprefecto y varios hombres escogidos de entre sus subordinados estaban despiertos mientras maduraban, creo, un plan para descubrir al perpetrador de un misterioso asesinato del que todo París hablaba en aquellos momentos. Al iniciar mi historia (con prisas, sin aliento y en un francés horrible), pude ver que el subprefecto sospechaba que yo no era más que un inglés borracho que le había robado a alguien. Pero pronto cambió de opinión al oír mi relato, y antes de que hubiera podido terminar embutió todos los papeles que tenía frente a él en un cajón, se puso su sombrero, me prestó otro (ya que yo iba descubierta), puso en orden una hilera de soldados, solicitó a sus expertos seguidores que se prepararan con todo tipo

de herramientas para descerrajar puertas y desmontar suelos de ladrillo, y me tomó del brazo, del modo más amistoso posible, para acompañarme hasta el exterior. Me atreveré a decir que cuando el subprefecto había sido un niño pequeño y le habían llevado por primera vez al teatro, no se había sentido ni la mitad de ilusionado de lo que estaba entonces ante la perspectiva de lo que le esperaba en la casa de juegos.

Allá fuimos por las calles, con el subprefecto felicitándome e interrogándome al mismo tiempo, mientras él y yo marchábamos a la cabeza de nuestro admirable *posse comitatus*. En cuanto llegamos a la casa varios centinelas se apostaron tanto al frente como en la parte trasera del edificio. Una tremenda batería de golpes fue dirigida contra la puerta. Una luz apareció en una ventana. Se me dijo que me escondiera detrás de los policías. Después oí más golpes contra la puerta y el grito de «¡Abran en nombre de la ley!». Ante aquel terrible imperativo, los cerrojos y las cerraduras cedieron empujados por una mano invisible y en un momento el subprefecto se encontró en el pasillo, enfrentándose a un camarero medio vestido y terriblemente pálido. Este fue el breve diálogo que mantuvieron a continuación:

—Queremos ver al inglés que duerme en esta casa.

—Se fue hace horas.

—No, no se fue él, sino su amigo. Él se quedó. Muéstrenos su habitación.

—¡Se lo juro, *monsieur le Sous-prefet*, no está aquí! Él...

—Y yo le juro, *monsieur le Garçon*, que sí que está. Estuvo durmiendo aquí, no le pareció cómoda la cama, vino a nosotros a quejarse, y aquí está de nuevo, entre mis hombres. Y aquí estoy yo también, para registrar su habitación en busca de una o dos pulgas. ¡Renaudin! —gritó llamando a uno de sus subordinados mientras señalaba al camarero—. Agarre a este hombre y átele las manos a la espalda. ¡Y ahora, caballeros, subamos estas escaleras!

Todo hombre y mujer que se hallara en el interior de la casa fue detenido, y el «viejo soldado» fue el primero. Después, identifiqué la cama en la que había dormido, y a continuación ascendimos a la habitación superior.

Ningún objeto extraordinario apareció en ella. El subprefecto miró cuidadosamente la estancia, pidió

una vela, ordenó a todo el mundo que permaneciera en silencio, golpeó dos veces con el pie en el suelo, observó atentamente el lugar en el que había pisado y ordenó que se levantara con cuidado. Así se hizo de inmediato. Encendimos más luces y vimos una cavidad abierta entre el suelo de aquella habitación y el techo de la inmediatamente inferior. A través de aquella cavidad se extendía perpendicularmente una especie de caja de acero abundantemente engrasada; en el interior de la caja apareció el torno que yo había visto unido al dosel de la cama de abajo. A continuación, descubrimos más piezas, accesorios del torno recientemente engrasados, palancas cubiertas con fieltro... todos los mecanismos superiores de una prensa, contruidos con una sencillez infernal que les permitía unirse fácilmente a los demás accesorios y ocupar el mínimo espacio posible al ser separados en piezas. Colocamos todo sobre el suelo. Tras algunas dificultades, el subprefecto consiguió montar la maquinaria y, dejando a sus hombres para manejarla, bajó conmigo a la otra habitación. Entonces hicieron descender el asfixiante dosel, aunque no con tanto silencio como lo había hecho con anterioridad. Cuando le mencioné aquello al subprefecto, su respuesta, aunque simple, tuvo una terrible relevancia:

—Mis muchachos —dijo— están haciendo funcionar el mecanismo de la cama por primera vez. Esos hombres cuyo dinero usted ganó tenían mucha más práctica.

Dejamos la casa a cargo de dos agentes, y los demás acompañaron a los habitantes de la misma hasta la prisión. El subprefecto, tras tomarme el *procés verbal* en su oficina, me acompañó hasta mi hotel para recoger mi pasaporte.

—¿Cree usted —le pregunté al entregárselo— que realmente han llegado a asfixiar a algún hombre en esa cama tal y como intentaron ahogarme a mí?

—He visto docenas de hombres muertos por asfixia extendidos en las camillas de la morgue —respondió el subprefecto—. En sus bolsillos encontramos notas en las que declaraban que se habían suicidado en el Sena porque lo habían perdido todo en la mesa de juego. ¿Cómo puedo saber cuántos de esos hombres entraron en la misma casa de juegos en la que entró usted? ¿Cómo sé cuántos de ellos ganaron lo que usted? ¿Cuántos durmieron en esa misma cama? ¿Cuántos murieron asfixiados? ¿Cuántos de ellos fueron arrojados al río con una carta de explicación escrita por los asesinos en el

bolsillo? Nadie podría saber cuántos de ellos, muchos o pocos, han sufrido el mismo destino del que usted ha escapado esta noche. La gente de esa casa de juegos había conseguido mantener semejante artefacto en secreto incluso de nosotros. ¡Incluso de la policía! ¡Los muertos guardarán el resto del secreto por ellos! Buenas noches, o mejor dicho, buenos días, monsieur Faulkner. Preséntese nuevamente en mi oficina a las nueve en punto. Mientras tanto... *au revoir!*

El resto de la historia es fácil de contar. Fui examinado y vuelto a examinar, la casa de juegos fue registrada minuciosamente desde el tejado hasta el sótano, los prisioneros fueron interrogados por separado, y dos de los menos culpables de entre ellos acabaron por confesar. Supe entonces que el viejo soldado era en realidad el dueño de la casa de juegos... La justicia descubrió que había sido expulsado del ejército por vagabundo hacía años, que desde entonces había sido culpable de todo tipo de villanías, que estaba en posesión de propiedades robadas, identificadas por los propietarios, y que él, el *croupier*, otro cómplice y la mujer que había preparado mi taza de café estaban compinchados en lo de la cama. Parecía haber dudas razonables en lo que a los demás

ocupantes de la casa concernía, de modo que recibieron el beneficio de esa duda siendo tratados únicamente como ladrones y vagabundos. El viejo soldado y sus dos secuaces fueron enviados a la horca; la mujer que había drogado mi café fue condenada a prisión por un número de años que ya ni recuerdo, y los clientes regulares de la casa de juegos fueron considerados sospechosos y puestos bajo vigilancia. Yo, por mi parte, me convertí durante toda una semana en el nuevo «león» de la sociedad parisiense. Mi aventura fue dramatizada por tres autores de teatro y nunca llegó a estrenarse, ya que la censura prohibió la aparición en escena de una copia correcta de la cama de la casa de juegos.

Una buena consecuencia de mi aventura, que incluso la censura habría aprobado, fue que a partir de entonces quedé completamente curado de volver a utilizar el *Rouge et Noir* como entretenimiento. La visión de un tapete verde cubierto de barajas de cartas y montoncitos de dinero estará asociada para siempre en mi mente con la visión de un dosel asesino descendiendo sobre mí para asfixiarme en el silencio y la oscuridad de la noche.

¡REVIENTA CON EL BERGANTÍN!

Tengo que hacerles una terrible confesión. Me persigue un fantasma.

Y aunque tuvieran cien años para intentar adivinarlo, jamás acertarían a decir qué tipo de fantasma es el fantasma que me persigue. Al principio les haré reír, pero más adelante conseguiré que se les ponga la carne de gallina. Mi fantasma... es el fantasma de un candelero de dormitorio.

Sí, un candelero de dormitorio con su vela correspondiente; una sencilla palmatoria con su cirio; llámenlo como quieran. Eso es lo que me persigue. Ojalá fuera algo más agradable y menos mundano: una bella mujer, una mina de oro y plata, un coche con sus caballos, o algo parecido. Pero, siendo lo que es, debo tomarlo como tal, y llevarlo lo mejor que pueda. Y les agradeceré de todo corazón que, por favor, me ayuden haciendo lo mismo.

No soy precisamente un universitario, pero me atrevo a creer que cuando un hombre se ve encantado por cualquier cosa bajo el sol es debido a que se ha llevado un susto terrible. En todo caso, el encantamiento que sufro a manos de un candelero de dormitorio con

su correspondiente vela se originó a partir del terror que me produjo un candelero de dormitorio con su correspondiente vela. Un terror que he sentido media vida y un terror que, en el presente, me mantiene al borde de la locura. No es que me resulte agradable confesar esto antes de entrar en detalle, pero quizá así se vean ustedes un poco más inclinados a creer que no soy un completo cobarde cuando comprueben que soy lo suficientemente valiente como para reconocer algo así de buenas a primeras.

A continuación, encontrarán los detalles, tan bien como soy capaz de transmitirlos.

Me enrolé como grumete y me hice a la mar cuando aún no era más alto que mi bastón, e hice un buen uso de mi tiempo; o, al menos, el suficiente como para llegar a dormir en la litera del piloto con tan solo veinticinco años.

Fue en el año mil ochocientos dieciocho, o diecinueve, no estoy seguro, cuando cumplí los veinticinco. Les ruego que excusen mi deficiente memoria en todo lo referente a nombres, números, lugares y detalles similares. No teman, sin embargo, por lo que concierne a la historia que les he prometido contarles; está completamente grabada

en mi mente. En este momento puedo ver en mi cabeza todo lo referente a la misma con tanta claridad como si fuera mediodía, pero se ha levantado cierta niebla frente a lo que sucedió antes y, para el caso, también una niebla parecida frente a lo que sucedió después. Y con la edad que tengo no es muy probable que vuelva a levantarse, ¿verdad?

Bien, en mil ochocientos dieciocho, o diecinueve, una época en la que nuestra parte del mundo vivía en paz (y no antes de que fuera deseada, me dirán), había una guerra de esas de golpea y corre en marcha en aquel viejo campo de batalla que nosotros los hombres de mar conocemos por el nombre de La Gran España.

Hacia años que las posesiones de los españoles en Sudamérica se habían amotinado abiertamente y se habían declarado independientes. El enfrentamiento entre el nuevo gobierno y el antiguo había causado un gran derramamiento de sangre, pero era el nuevo el que había salido más fortalecido de todo el asunto, debido principalmente a la labor del general Bolívar, un hombre ilustre en su momento aunque actualmente parece haber desaparecido de la memoria de la gente.

Ingleses e irlandeses con ganas de pelea y nada que hacer en casa se unieron al general como voluntarios, y algunos de nuestros mercantes descubrieron que llevar abastecimientos al bando popular era un buen negocio. Había riesgos notables, por supuesto, pero cada vez que un movimiento especulativo de este tipo tiene éxito compensa dos fracasos con creces. Y ese es el auténtico principio del comercio, que funciona en todo el mundo, y que he visto con mis propios ojos allá donde he estado.

De todos los ingleses que se vieron envueltos en este negocio hispanoamericano, yo, su humilde servidor, resulté ser uno.

Entonces era piloto de un bergantín perteneciente a cierta compañía de Londres dedicada al comercio general, principalmente con lugares completamente extraños y lo más lejanos posible de casa, y que llenó el bergantín, en el año al que me estoy refiriendo, con un cargamento de pólvora para el general Bolívar y sus voluntarios.

Nadie sabía nada sobre nuestras instrucciones cuando partimos, salvo el capitán, y a él no parecían gustarle. No puedo decir exactamente cuántos barriles de pólvora llevábamos a bordo, ni cuánto había en cada barril; solo

sé que no llevábamos más carga que aquella. El nombre del bergantín era Buena Intención. Un nombre bastante curioso, me dirán ustedes, para un bajel atiborrado de pólvora, enviado para ayudar a una revolución; así era en lo que a este viaje se refiere. Este último comentario es una broma, y espero que me animen a continuar saludándola con carcajadas.

El Buena Intención fue la bañera más vieja en la que yo me haya hecho a la mar en toda mi vida, y la peor provista en todos los aspectos. Podía acarrear unas doscientas treinta o doscientas ochenta toneladas de carga, ya lo he olvidado exactamente, y la tripulación consistía en ocho hombres, cargos incluidos; es decir, ni de cerca los que hubiéramos tenido que ser para haber manejado el bergantín. En todo caso, se nos pagaba bien y honestamente, y éramos nosotros los que teníamos que poner la paga a un lado de la balanza, y la posibilidad de acabar en el fondo del mar (o de volar en pedazos, si nos referimos a aquella ocasión en concreto) al otro.

Debido a la peculiar naturaleza de nuestro cargamento, nos vimos atosigados con nuevas órdenes relativas a fumar nuestras pipas o a encender nuestras linternas que

no nos gustaron lo más mínimo; y como suele ser habitual en estos casos, el capitán que había impuesto tales órdenes predicaba lo que no practicaba. A ningún hombre se le permitía tener la más mínima llama encendida cuando abandonaba la cubierta, excepto al patrón, que usaba su luz cada vez que bajaba a la bodega o cuando consultaba las cartas sobre la mesa de su camarote, como siempre.

Esta luz era una vela común de cocina colocada sobre un viejo y golpeado candelero, con el esmalte tan gastado y fundido que toda la lata estaba a la vista. Habría parecido más marinero y apropiado en todos los aspectos que el capitán hubiera tenido una lámpara o una linterna, pero se aferraba a su viejo candelero, y ese mismo viejo candelero se ha aferrado después a mí. Ese ha sido otro juego de palabras, si les place, y en mi opinión mejor que el primero.

Bien (ya he dicho «bien» con anterioridad, pero es una palabra que ayuda mucho), partimos en el bergantín y pusimos rumbo hacia las Islas Vírgenes, en las Indias Occidentales; tras avistarlas, nos dirigimos a continuación hacia las Islas Leeward; y una vez allí, pusimos rumbo al sur hasta que el vigía del mástil empezó a gritarnos a los

de cubierta para decirnos que veía tierra. Aquella tierra era la costa de Sudamérica. Hasta entonces habíamos tenido un viaje maravilloso. No habíamos perdido una sola vela y ninguno de nuestros hombres había tenido que dejarse la vida en las bombas de achique. Les diré que el Buena Intención no disfrutaba muy a menudo de viajes tan apacibles como aquel.

Se me ordenó que subiera al palo para comprobar lo de la tierra, y así lo hice. Cuando le informé al capitán de que efectivamente habíamos avistado la costa, se fue abajo para echarle un vistazo a sus instrucciones y a las cartas marítimas. Cuando regresó a cubierta alteró nuestro curso ligeramente en dirección este; he olvidado el punto del compás, pero no importa. Lo que sí recuerdo es que antes de acercarnos a la costa ya había oscurecido. Mantuvimos el rumbo y cabeceamos el bergantín para que se mantuviera a una profundidad constante de entre cuatro o cinco brazas, aunque quizá fueran seis, no se lo puedo decir con seguridad. Yo me encargué de mantener ojo avizor al modo en que se desplazaba el barco, ya que ninguno de nosotros sabía cómo eran las corrientes de aquella costa. Todos nos preguntamos por qué el capitán no echaba el ancla, pero él dijo que no, que primero

teníamos que poner una luz en lo alto del palo mayor y esperar a que otra luz nos respondiera desde la costa. Esperamos, y no sucedió nada por el estilo. El cielo estaba despejado y en calma. El poco viento que se movía llegaba en ráfagas desde tierra. Supongo que esperamos durante, según me pareció, casi una hora, dejándonos llevar por la corriente un poco hacia el oeste antes de que sucediera algo. Y entonces, en lugar de ver una luz en la costa, vimos un bote dirigiéndose hacia nosotros.

Les dimos el alto y respondieron: «Amigos», y después nos saludaron por nuestro nombre. Subieron a bordo. Uno de ellos era un irlandés, y el otro un piloto nativo del color del café que chapurreaba un poco de inglés.

El irlandés le extendió una nota al capitán, que tuvo a bien mostrármela. Nos informaba de que la parte de la costa en la que nos encontrábamos no resultaba segura para descargar nuestra mercancía, ya que habían encontrado y fusilado a algunos espías enemigos en la comarca (es decir, partidarios del anterior gobierno). Podíamos confiar el bergantín a las manos del piloto nativo para que nos condujera a otro lugar de la costa. La nota venía firmada por las personas adecuadas, de

modo que dejamos que el irlandés regresara solo en el bote, y permitimos al piloto que ejerciera su legítima autoridad sobre el bergantín. Nos estuvo alejando de tierra hasta el mediodía del día siguiente (aparentemente sus instrucciones le ordenaban mantenernos alejados del alcance visual de la costa). Solo alteramos el curso por la tarde, y no volvimos a estar cerca de la costa hasta poco antes de la medianoche.

Aquel piloto tenía una apariencia de vagabundo como jamás he visto otra. Un perro mestizo, huesudo, cobarde y belicoso, que insultaba a los hombres con un inglés quebrado y vil, hasta que todos y cada uno de ellos estuvieron dispuestos a arrojarle por la borda. El capitán los mantuvo calmados, y yo los mantuve calmados; dado que el piloto nos había sido impuesto por nuestras órdenes, había que hacer lo que mejor pudiéramos con él. En todo caso, poco antes de la caída de la noche y pese a toda la buena intención del mundo por evitarlo, fui lo suficientemente desafortunado como para tener una disputa con él.

Quería ir bajo cubierta con su pipa encendida, y por supuesto le detuve, porque iba en contra de las órdenes.

Al oír aquello, intentó pasar a mi lado a empujones, y yo le hice retroceder de un manotazo. No era mi intención hacer que terminara en el suelo, pero de algún modo eso fue lo que pasó. Se levantó de inmediato tan rápido como el rayo y sacó una navaja. Se la arranqué de las manos, le abofeteé su asesino rostro y arrojé el arma por encima de la borda. Me dirigió una terrible mirada y después se esfumó de mi vista. No le presté mucha atención a aquella mirada entonces, pero poco después tuve motivos para recordarla perfectamente.

Volvíamos a estar cerca de la costa cuando el viento dejó de soplar, entre las once y las doce de la noche, y lanzamos el ancla siguiendo las instrucciones del piloto.

Estaba oscuro como la boca del lobo y había una calma total. El capitán estaba en cubierta con dos de nuestros mejores hombres, vigilando. El resto estaba abajo, menos el piloto, que se hacía un ovillo, más como una serpiente que como un hombre, en el castillo de popa. Mi turno de vigilancia no empezaba hasta las cuatro de la madrugada, pero no me gustaba el aspecto de la noche, ni del piloto, ni de todo el asunto en general, de modo que me tumbé en cubierta para echar una cabezada y estar preparado

para cualquier emergencia. Lo último que recuerdo fue al capitán susurrándome que tampoco le gustaba el aspecto que tenía todo aquello, y que iba a ir a su camarote para volver a repasar todas sus instrucciones. Aquello es lo último que recuerdo, antes de que el lento, pesado y regular balanceo del bergantín sobre las olas me sumiera en el sueño.

Me desperté debido a un ruido de refriega en el castillo de popa y a la presión de una mordaza en mi boca. Tenía un hombre sobre el pecho y otro sobre las piernas; en medio minuto me habían atado de pies y manos.

El bergantín estaba en manos de los españoles. Lo recorrían como un enjambre. Oí seis pesados impactos contra el agua, uno detrás de otro. Vi cómo apuñalaban al capitán en el corazón cuando subía corriendo de su camarote, y oí un séptimo impacto contra el agua. Excepto yo, todas las almas del barco habían sido asesinadas y arrojadas al mar. No podía imaginar por qué me habían dejado a mí con vida, hasta que vi al piloto inclinarse sobre mí con una linterna para asegurarse de quién era yo. Una diabólica sonrisa se extendió sobre su rostro y asintió con la cabeza, como diciendo: «Tú eres el hombre

que me ha empujado y abofeteado. A cambio, voy a jugar contigo al gato y al ratón».

No podía moverme ni hablar, pero pude ver a los españoles abrir la escotilla principal y preparar los aparejos para sacar el cargamento. Un cuarto de hora más tarde oí el sonido producido por una goleta u otro barco pequeño al deslizarse sobre el agua. La extraña embarcación se colocó junto a nuestro bergantín, y los españoles se pusieron manos a la obra para trasladar nuestro cargamento. Todos trabajaron duro excepto el piloto, que venía de vez en cuando con su linterna para echarme otro vistazo, sonreír y asentir del mismo modo diabólico. Soy lo suficientemente viejo como para no avergonzarme de contar la verdad, y no me importa reconocer que el piloto me asustaba.

Apenas será necesario que diga que ya me había dispuesto para lo peor. El piloto, estaba claro, era uno de los espías del enemigo que había conseguido ganarse la confianza de nuestros empleadores sin que nadie sospechara de él. Él o, más posiblemente, sus jefes, tenían suficiente información sobre nosotros como para sospechar la clase de cargamento que llevábamos.

Habíamos anclado de noche en el lugar más apropiado para que nos sorprendieran y habíamos pagado el castigo por tener una tripulación pequeña y, por tanto, una vigilancia insuficiente. Todo aquello estaba lo suficientemente claro, pero ¿qué quería hacer conmigo el piloto?

Les doy mi palabra de que aún ahora se me pone la carne de gallina solo de contárselo a ustedes.

Después de que todos hubieran abandonado el bergantín, con la excepción del piloto y de dos marinos españoles, estos últimos me agarraron, atado y amordazado como estaba, y me bajaron a la sentina del barco para dejarme en el suelo. Después me ataron a los maderos con unos cabos de modo que pudiera volverme hacia un lado o hacia el otro, pero no rodar sobre mí mismo para cambiar de lugar. A continuación se marcharon. A los dos les rebosaba el alcohol por todos los poros del cuerpo, pero el diablo del piloto se mantenía sobrio; tan sobrio, ténganlo en cuenta, como pueda estarlo yo ahora.

Permanecí en la oscuridad durante un rato, con el corazón latiéndome como si quisiera escapárseme

del pecho. Seguí así durante más o menos unos cinco minutos, hasta que el piloto bajó a la sentina. Solo.

En una mano llevaba el maldito candelero del capitán y una lezna de carpintero, y en la otra sujetaba un largo, estrecho y aceitoso cordel de algodón. Colocó el candelero, con una vela nueva recién encendida, en el suelo; a más o menos medio metro de mi cara y cerca del casco del barco. La luz era débil, pero más que suficiente para alumbrar una docena o más de barriles de pólvora abandonados a mi alrededor en la sentina del bergantín. En el momento en que los vi, empecé a sospechar lo que pretendía. El horror se apoderó de todo mi cuerpo y el sudor empezó a brotar de mi rostro como si de agua se tratase.

Le vi dirigirse hacia uno de los barriles de pólvora cercanos al casco, que estaba en línea con la vela y a una distancia de la misma de más o menos un metro. Hizo un agujero a un lado del barril con su lezna, y la horrida pólvora empezó a derramarse al exterior tan negra como el infierno, cayendo sobre la mano que había extendido para recogerla. Cuando tuvo un buen puñado, taponó el agujero con un extremo de su engrasado cordel, y

después restregó la pólvora a lo largo de todo el algodón hasta que su último hilo hubo quedado perfectamente ennegrecido.

Lo siguiente que hizo (tan cierto como que estoy aquí sentado, tan cierto como el cielo que hay sobre nosotros), lo siguiente que hizo, digo, fue coger el extremo libre de su largo, negro y terrible cordel y acercarlo a la vela que había junto a mi rostro. Lo ató dándole varias vueltas alrededor de la vela (el sangriento villano), a un tercio de la misma si calculamos la distancia entre la altura a la que estaba ardiendo la mecha y su base. Tras haber hecho aquello, se aseguró de que mis ataduras estuvieran bien firmes, y después acercó su rostro al mío y me susurró en la oreja:

—¡Revienta con el bergantín!

Un momento después volvía a estar en cubierta, y él y los otros dos cerraban la escotilla. Sin embargo, no terminaron de asegurarla en el extremo más alejado de donde yo estaba tumbado, de modo que cuando miré en aquella dirección pude ver una franja de luz diurna brillando. Oí los remos de la goleta chocar contra el agua cada vez más débilmente, *splash, splash*, mientras

arrastraban al barco a través de la calma total, esperando a que se levantara el viento. Más y más débilmente, *splash*, *splash*. Seguí oyéndolos durante un cuarto de hora o más.

Mientras mis oídos se concentraban en aquel sonido, mis ojos permanecían fijos en la vela.

Estaba recién encendida. De dejar que se consumiera sola, habría ardido durante seis o siete horas. El cordel estaba atado a un tercio de la misma en sentido descendente; por lo tanto, la llama tardaría unas dos horas en alcanzarlo. Allí estaba yo, amordazado, atado, inmovilizado al suelo, viendo cómo mi propia vida se consumía al mismo tiempo que aquella vela que ardía a mi lado. Allí estaba yo. Solo en mitad del mar, condenado a volar en pedazos y a ver cómo mi destino se acercaba segundo a segundo durante casi dos horas; indefenso, incapaz de salvarme y privado de mi voz para solicitar ayuda. Lo que más me asombra ahora es que no me adelantara a la vela, el cordel y la pólvora muriéndome durante la primera media hora que permanecí en la sentina del bergantín debido al horror que sentía ante mi situación.

No puedo decir exactamente durante cuánto tiempo conseguí mantener el dominio de mí mismo a partir de

que dejé de oír los chapoteos de los remos de la goleta. Hasta cierto punto, puedo recordar a la perfección todo lo que hice y todo lo que pensé; pero tras pasado ese punto todo se funde y se pierde en el torbellino de mis recuerdos del mismo modo que entonces perdí el control sobre mí mismo.

En el momento en que cerraron la escotilla sobre mí, empecé, como habría hecho cualquier otro hombre, a intentar librarme frenéticamente de las ataduras que inmovilizaban mis manos. Atenazado por el pánico, me corté la carne con las cuerdas como si hubieran sido navajas, pero no conseguí aflojar los nudos. Menos posibilidades aún tenía de liberar mis piernas, o de arrancar las ataduras que me mantenían inmovilizado contra el suelo. Dejé de intentarlo cuando estuve a punto de morir ahogado por la falta de aire. La mordaza, como recordarán, era un terrible enemigo. Solo podía respirar por la nariz, y hablamos de una pobre ventilación cuando lo que está haciendo un hombre es poner a prueba toda su fuerza como nunca antes lo había hecho.

Me rendí y yací inmóvil, hasta que volví a recuperar el aliento, sin que mis ojos se separaran por un instante de la vela.

Mientras la estaba contemplando, se me ocurrió la idea de intentar apagarla soplando repentinamente a través de los agujeros de la nariz. Sin embargo, estaba demasiado lejos y a demasiada altura como para alcanzarla de ese modo. Lo intenté, lo intenté y lo intenté... hasta que no me quedó más remedio que volver a rendirme y permanecer inmóvil una vez más, sin apartar los ojos del candelero y sin que el candelero apartara sus ojos de mí. El ruido de los remos era para entonces muy débil. Ya casi no podía oírlos en el silencio de la mañana. *Splash, splash*, cada vez más débilmente... *splash, splash*...

Sin sentir exactamente que estaba perdiendo la cabeza, ya en un momento tan temprano como aquel empecé a darme cuenta de que la notaba extraña. La mecha quemada se estaba haciendo cada vez más y más larga, mientras que la distancia entre la llama y el cordel, que era la medida de mi vida, era cada vez más y más corta. Calculé que me quedaba menos de hora y media de vida.

¿Una hora y media? ¿Había alguna posibilidad de que en aquel intervalo de tiempo llegara algún barco desde la costa que viera el bergantín? Tanto si la tierra cercana a donde habíamos anclado el barco estaba en posesión

de nuestro bando, como en la del enemigo, imaginé que antes o después tendrían que enviar a alguien para que recibiera al bergantín, aunque solo fuera porque se trataba de un barco extraño en aquellos lugares. Lo que importaba era: ¿cuándo? Según podía comprobar a través de la rendija de la escotilla, el sol todavía no había salido. Todos sabíamos ya antes de que el bergantín fuese asaltado que no había ningún puerto cercano, porque no habíamos visto ninguna luz en la costa. Según lo que podía oír, aún no se había levantado el viento suficiente como para acercar a algún barco hasta mí. Si hubiera tenido seis horas de vida, quizá hubiera habido alguna oportunidad de que algo así sucediera entre la salida del sol y el mediodía. Pero con hora y media, que para entonces se había reducido a hora y cuarto; o, en otras palabras, teniendo en cuenta lo temprano de la hora, lo deshabitado de la costa y la calma total que me rodeaba... no tenía la más mínima oportunidad. Al sentir aquello, entablé una nueva lucha con mis ataduras; la última, ya que solo conseguí cortarme más y acrecentar mi dolor.

Me volví a rendir y permanecí inmóvil, intentando oír el chapoteo de los remos.

¡Ya no se oía nada! Ningún ruido salvo el provocado de vez en cuando por los peces al salir a la superficie, y los crujidos de los viejos maderos del bergantín.

Una hora y cuarto. El nivel de la mecha quemada se fue incrementando alarmantemente a medida que iban pasando aquellos quince minutos, y su chamuscada parte superior empezó a ensancharse y a adquirir forma de seta. Pronto no podría seguir aguantando su propio peso y caería. ¿Seguiría ardiendo el trozo de mecha cuando cayera? Y de ser así, ¿podría llegar a caer sobre el cordel debido al balanceo del bergantín? Si ese fuera el caso, apenas me quedarían diez minutos en lugar de una hora.

Aquel descubrimiento condujo mi mente hacia nuevos derroteros durante un minuto. Empecé a preguntarme cómo sería morir en una explosión. ¿Doloroso? Bueno, con toda probabilidad sería demasiado rápido. Quizá sentiría un enorme golpe en mi interior, o en el exterior, o ambos a la vez, y eso sería todo. Quizá ni siquiera eso. ¿Llegaría la muerte al mismo tiempo que la fragmentación de mi cuerpo en millones de pedacitos ardientes? No podía imaginármelo. No podía figurarme cómo sería. Antes de que hubiera podido terminar de

pensar, el minuto de calma abandonó mi mente y me vi de nuevo inmerso en lo mío.

Cuando volví en mí (o cuando mis pensamientos regresaron a mí, no lo sé con certeza), la mecha era ya terriblemente grande; la llama ardía provocando una gran humareda, la parte chamuscada era ancha y roja, y todo aquello estaba a punto de caer.

Mi desesperación y mi horror al verlo me llevaron en una nueva dirección que al menos resultaría beneficiosa para mi pobre alma. Intenté rezar interiormente; ya se podrán imaginar que la mordaza me impedía hacerlo de otro modo. Lo intenté, pero la vela parecía quemarse en mi interior. Peleé con fuerza para forzar a mis ojos a que se separaran de la lenta llama asesina y para contemplar la bendita luz del sol a través del resquicio de la escotilla. Lo intenté una vez, lo intenté dos veces y después dejé de intentarlo. A continuación probé a cerrar los ojos. Y mantenerlos cerrados. Una vez, dos... y la segunda vez lo conseguí.

«Que Dios bendiga a mi vieja madre, y a mi hermana Lizzie; que Dios las proteja y me perdone...». Eso fue todo lo que tuve tiempo de decir antes de que mis ojos

volvieron a abrirse, muy a mi pesar. La llama de la vela se apoderó de ellos, se apoderó de mí, se apoderó de todo mi ser, e hizo que todos mis pensamientos ardieran en un instante.

Ya no podía oír a los peces, no podía oír el crujido de los maderos. No podía pensar. No podía sentir el sudor que mi agonía mortal estaba derramando sobre mi cara. Solo podía mirar en dirección a la pesada y chamuscada mecha de la vela. Se retorció, se arrugó, giró hacia uno de los lados... y cayó, completamente roja al iniciar la caída, negra e inofensiva cuando el balanceo del bergantín la hizo aterrizar sobre la base del candelero.

Me descubrí riendo.

¡Sí! Riendo ante la inocente caída de aquel fragmento de mecha. De no ser por la mordaza, habría lanzado aullidos de risa. Tal y como estaba, me retorcí por dentro debido a ella; me retorcí hasta que la sangre se me subió al cerebro y estuve a punto de morir ahogado debido a mi incapacidad para respirar. Solo me quedaba el sentido común justo para darme cuenta de que mi horrible risa era una clara señal de que mi cerebro estaba empezando a fallar. Solo me quedaba el sentido común justo como para

intentar luchar por última vez antes de que mi cerebro se desbocara como un caballo asustado y se alejara de mí.

Intenté echarle un reconfortante vistazo a la luz del día a través del resquicio de la escotilla. La lucha que mantuve con mis ojos para intentar separarlos de la vela y dirigirlos hacia esa otra luz fue la más dura que había mantenido hasta el momento; y volví a perderla. La llama retenía mi mirada con la misma fuerza que las cuerdas me mantenían inmovilizadas las manos. No podía desviar la vista. Ya ni siquiera pude cerrar los ojos cuando volví a intentarlo. Allí estaba la mecha, volviendo a crecer peligrosamente. Allí estaba el espacio aún por consumirse entre la llama y el cordel, reducido a unos tres centímetros o menos.

¿Cuánto tiempo de vida me dejaban aquellos escasos centímetros? ¿Tres cuartos de hora? ¿Media hora? ¿Cincuenta minutos? ¿Veinte minutos? ¡Basta! Aquel pedazo de cera tardaría más de veinte minutos en arder. ¡Un pedazo de cera! ¡Imagínense al cuerpo y el alma de un hombre manteniéndose unidos por un simple pedazo de cera! ¡Extraordinario! ¡Vaya, ni siquiera el más grande de los reyes sentado sobre su trono conseguiría mantener

unidos el cuerpo y el alma de un hombre! ¡Y, sin embargo, allí tenía yo un pedazo de cera que podía hacer lo que a un rey le resultaría imposible! Ahí tenía algo para contarle a mi madre cuando regresara a casa, que la sorprendería más que todos mis otros viajes juntos. Me volví a reír interiormente al pensar aquello, y me moví y me retorcí y me ahogué hasta que la luz de la vela atravesó mis ojos, entró en mí y abrasó la risa; y me dejó vacío, y frío, e inmóvil una vez más.

Mi madre y Lizzie. No sé cuándo regresaron, pero lo hicieron. No en mi mente, como me había parecido con anterioridad, sino en carne y hueso; en la sentina del bergantín.

Sí, allí estaba Lizzie con toda seguridad, tan despreocupada como siempre, riéndose de mí. ¡Riéndose! Bueno, ¿y por qué no? ¿Quién podría culpar a Lizzie por pensar que no estoy sino tirado borracho en el suelo de la bodega, rodeado de barriles de cerveza? ¡Basta! Ahora está llorando. Lloro mientras da vueltas y más vueltas en una encendida niebla, frotándose nerviosamente las manos, chillando para pedir ayuda de un modo más y más apagado cada vez, como el chapoteo de los remos

de la goleta. ¡Ya no podía oír nada! Había ardido en la niebla. ¿Niebla? ¿Fuego? No, ni lo uno ni lo otro. Es mi madre la que irradia luz. Mi madre cosiendo con diez ardientes carbones, uno en cada punta de sus dedos, y montones de mechales en vez de pelo gris colgando alrededor de su rostro. Mi madre en su viejo sillón, y las alargadas y huesudas manos del piloto agarradas a la espalda de la silla, derramando pólvora. ¡No! ¡Ni pólvora, ni silla, ni mi madre! Allí no había nada salvo el rostro del piloto, brillando como un carbón al rojo vivo, como un sol en la encendida niebla, saltando de arriba abajo en la encendida niebla, corriendo de un extremo al otro del cordel en la encendida niebla, recorriendo millones de kilómetros por minuto en la encendida niebla, girando y haciéndose más y más pequeño hasta convertirse en un puntito diminuto y lanzándose de repente hacia mi cerebro como si fuese un dardo... y después todo se convierte en fuego y niebla. No oigo, no veo, no pienso, no siento. El bergantín, el mar, yo mismo, el mundo... ¡Todo ha desaparecido por completo!

Después de lo que les acabo de contar, ya no sé nada ni recuerdo nada hasta que me desperté (o eso me pareció) en una cómoda cama. Había dos hombres

rudos y dispuestos como yo, sentados cada uno a un lado de mi almohada, y un caballero de pie que me contemplaba desde el piecero de la cama. Eran las siete de la mañana. Había estado durmiendo (o lo que a mí me había parecido estar dormido) durante más de ocho meses. Me encontraba entre mis paisanos en la Isla de Trinidad. Los hombres que había a cada lado de la cama eran mis guardianes, y el caballero que estaba junto al piecero era el doctor. Lo que hice y dije durante aquellos ocho meses, nunca lo he sabido ni lo sabré. Me desperté de todo aquello como si de un largo sueño se hubiese tratado. Eso es todo lo que sé.

Pasaron otros dos meses antes de que el doctor creyera que resultaba seguro responder a las preguntas que le hacía.

El bergantín había sido anclado, tal y como yo había sospechado, en una parte de la costa lo suficientemente poco transitada como para que los españoles se aseguraran de no verse interrumpidos mientras desempeñaban su criminal tarea en silencio y al amparo de la noche.

Mi vida no había sido salvada desde la costa, sino desde el mar. Un bajel americano, parado a la espera de

que se reiniciara el viento había visto el bergantín anclado al salir el sol, y el capitán, teniendo tiempo de sobra entre manos debido a la calma total, y viendo un barco donde no debería haber ninguno, envió un bote al mando de su segundo para que observara más de cerca y le trajera un informe de lo que había visto.

Lo que vio, cuando él y sus hombres descubrieron que el bergantín estaba desierto y subieron a bordo, fue un resplandor que surgía a través del resquicio de la escotilla. Cuando el segundo descendió a la sentina, a la llama le faltaba la distancia de un pelo para prender el cordel rebozado en pólvora. Y si no hubiera tenido el buen tino y la sangre fría de cortar el cordel antes de acercarse a la vela, él y sus hombres habrían volado con el bergantín y conmigo. El cordel prendió y se convirtió en una hilera de fuego en el mismo momento en que apagaron la vela, y si la comunicación con el barril de pólvora no se hubiera interrumpido, solo el Señor sabe lo que habría pasado.

Nunca supe qué fue de la goleta española ni del piloto.

En cuanto al bergantín, los yanquis lo llevaron, como a mí, hasta Trinidad, y reclamaron su derecho de salvamento; y les fue concedido, por sus propios méritos,

espero. Fui desembarcado en el mismo estado en que me habían rescatado del bergantín. Es decir, completamente demente. Pero, por favor, recuerden que todo esto sucedió hace mucho tiempo, y les doy mi palabra de que, como ya les he dicho, se me declaró curado.

Dios les bendiga, como ustedes mismos han podido comprobar, ahora ya estoy bien. Quizá un poco nervioso debido a la historia que les acabo de contar, pero eso es natural. Solo un poco nervioso, amigos, nada más.

“ Cada vez que el dinero era empujado hacia mi lado de la mesa, el silencio quedaba interrumpido por un coro gutural de exclamaciones y juramentos musitados en diferentes idiomas...

Colección
Lima Lee



MUNICIPALIDAD DE

LIMA